



## PEÑA DÍAZ, Manuel, *Andalucía, pasado y presente. Una mirada heterodoxa*

Juan Postigo Vidal  
Universidad de Zaragoza (España)  
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0669-4774>  
[jpostigovidal@gmail.com](mailto:jpostigovidal@gmail.com)

### RESUMEN

Reseña: PEÑA DÍAZ, Manuel, *Andalucía, pasado y presente. Una mirada heterodoxa*. Granada: Centro de Estudios Andaluces. Editorial Comares, 2020; 198 págs.

### PALABRAS CLAVE

Andalucía; historiografía; política; identidad; pensamiento.

A modo de advertencia, creemos que es preciso apuntar que el libro que reseñamos aquí, del que podría decirse que es una historia de Andalucía desde la antigüedad a nuestros días –pues, desde luego, lo es–, muestra al lector, ya desde las primeras páginas, un conjunto de reflexiones, enfoques e ideas sobre la historia que, por su gran profundidad, trascienden los intereses que en principio cabría asociar a los más comunes trabajos de historia local. Y no podemos esperar más para decir que, este excepcional plus con el que cuenta el apetecible y bien acabado librito que tenemos entre las manos, no nos sorprende, pues su autor no es otro que Manuel Peña Díaz, uno de los mayores expertos –si no el mejor– en la historia de la vida cotidiana del ámbito hispánico, que de forma sistemática se ha preocupado por dotar a sus estudios de un enfoque crítico, alejado del tradicional y edulcorado costumbrismo, y comprometido con las actitudes y los sentires de las masas a través de sus acciones y a pesar de los discursos calculados, encorsetados, de la oficialidad. Por eso mismo insistimos en que la «mirada heterodoxa» de esta historia de Andalucía, lejos de condenarnos a trazar círculos sobre un listado limitado de lugares y hechos, nos abrirá las puertas a un mundo muchísimo más amplio, invitándonos, página tras página, a la cavilación y al pensamiento reposado.

Los cincuenta ensayos de que está compuesto el volumen fueron publicados previamente como textos aislados en diversas partes. Muchos de ellos son los prólogos que el autor fue preparando en su día para los diferentes números de *Andalucía en la Historia*, una revista especialísima que el profesor Peña dirigió durante más de una década; otros son artículos recientes aparecidos en el diario *Crónica Global*, con el que también nuestro autor ha colaborado por más de un lustro; y por último, se localiza igualmente alguna que otra presentación a otras publicaciones de interés, y que por su idoneidad temática se ha incluido en el conjunto. Todos estos capítulos, breves en extensión, dotados de títulos sugerentes, redactados con gran cuidado y claridad, y a menudo acompañados de un soporte bibliográfico muy bien escogido, se organizan siguiendo un orden cronológico –que va desde Tarteso hasta la crisis del coronavirus– distribuido a través de los siguientes bloques: “Pueblos y civilizaciones”, “Cuatro reinos cristianos”, “Ocho provincias separadas”, “La autonomía”, y “Excursos”. Y en sus páginas, por otra parte, aparecen reproducidas multitud de imágenes de las diferentes épocas –dibujos, pinturas y grabados– que contribuyen todavía más a embellecer la obra y a transformarla en un objeto deseable.

El resultado, por tanto, es el de un tomo diverso y colorido, que crea cierta adicción, y que nos lleva a viajar con la mente a multitud de épocas y lugares. También es un libro con las ideas muy claras. Esa variedad temática de la que hablamos –en su prólogo, Carlos Martínez Shaw lo tilda de *patchwork*–, parece trabajar en todo momento al servicio de unas coordenadas ideológicas bien fijadas desde el principio, unas

coordinadas que llegan a poner en cuestión asuntos tan universalmente asumidos como son el andalucismo o la «identidad» andaluza, que en opinión del autor son elementos culturales tras los cuales se esconden los movimientos, las estrategias, de las diferentes elites políticas, religiosas y sociales de cada época. Cuando Manuel Peña llama la atención sobre la «falsa unanimidad del discurso, práctica y representación de la identidad andaluza» que *Canal Sur* ha promovido en los últimos tiempos, nosotros no podemos evitar recordar aquello que Pierre Nora apreció al observar las extrañadas reacciones en los estudiantes de secundaria de la Francia de los años 60 del siglo pasado, unas reacciones de gran incompreensión, ya que no era fácil entender cómo, siendo ellos tan diversos desde el punto de vista racial y cultural, podían poseer aquella *identidad* francesa –común y única– que los libros de texto y los profesores predicaban.

A los ojos del poder, la unidad del pueblo en torno a ideas de índole consuetudinario (cuando el estado, corte o gobernador de turno es quien se erige como garante y protector de aquellas tradiciones, historias y mitos comunes que se materializan a través de simbologías y ritos de diversa tipología) ha sido siempre una cuestión fundamental. Obviamente, los pueblos de la prehistoria española fueron los que fueron, pero al franquismo le interesó subrayar su independencia, y no solo eso, sino su efectiva aglutinación, por mucho que tal término pudiese faltar a la verdad y distorsionar el indudable carácter plural con el que contaron nuestros antepasados protohistóricos. La Inquisición, en su momento, hizo lo propio, y por eso queda patente que entre finales del siglo XV y principios del XIX tuvo que arreglárselas para ir definiendo los contornos de la ortodoxia dejando fuera de sus márgenes a unos enemigos que podían ir cambiando según las circunstancias en cada momento. En unas ocasiones, la forma de erradicar toda presencia de «otredad» consistía en la aplicación de la violencia selectiva, en el ejercicio de la represión más contundente (valga como ejemplo el ignominioso episodio de la quema de manuscritos arábigos en la Granada de 1500); en otras, los espectaculares memoricidios podían verse sustituidos por castigos no tan rimbombantes, pero igualmente efectivos: nos referimos a la ridiculización del marrano, a la ignominia y el descrédito público que merecían quienes seguían profesando su antiguo credo prohibido durante los tiempos de la doctrina única, y que se canalizaba a través de la colocación del sambenito, una extravagante indumentaria llamada a despertar desprecio y regocijo en la colectividad.

Podría creerse que entre la persecución inflexible de las autoridades y las tácticas silenciosas de los disidentes, solo quedaba la siempre clara masa de lo popular, blanca o negra en sus ideas, que comulgaba ciegamente con el ideario establecido, o renegaba de él dedicándose a minarlo subrepticamente. Sin embargo, la realidad no debió de ser así de sencilla la mayoría de las veces. En muchos de los capítulos de este *Andalucía, pasado y presente*, vemos pasear a individuos y colectividades enteras que, lejos de protestar y revelarse contra la injusticia, a menudo optaron por el mutismo conformista, o incluso por la más clara de las aquiescencias, tal y como llegase a explicar Antonio Gramsci cuando desarrollase la noción de «hegemonía cultural». Los bandoleros y bandidos andaluces, por ejemplo, que tradicionalmente han encarnado en el imaginario colectivo la llamada «rebeldía de la miseria», no siempre actuaron de una manera solidaria y empática hacia los seres de su condición (como lo hiciera en la literatura Robin Hood, el gran arquetipo de la justicia social), sino que no dudaron en coaligarse con señores y oligarcas cuando eso pudo beneficiarles de alguna forma. Y esto era así porque, tal y como nos aclara Manuel Peña, la praxis heterodoxa no era única, como ocurría con el pensamiento ortodoxo, fijo en sus consideraciones, intolerante con las actitudes discordantes, ya que «hay una sola forma de estar de acuerdo, pero hay muchas de disentir».

No hay duda de que esta lección podría resultar hasta incómoda, el asumir que los desheredados de la historia hubieran podido, según las circunstancias, comulgar con las directrices de las elites opresoras. Tampoco tuvo que serle sencillo a Hannah Arendt admitir que tras el genocidio nazi se hubiesen hallado multitudes de judíos dispuestos a colaborar con el régimen hasta límites insospechados. Otra cosa distinta –y he aquí otra idea interesante que nos proporciona este libro– es que el poder tuviese que diseñar elaboradas campañas de propaganda para convertir a toda esa amalgama de movimientos distintos y con sus propios matices en un enemigo visible, elemental, básico, fácil de identificar y de delinear con adjetivos peyorativos, o a través de dibujos y caricaturas, todo para trazar una frontera entendible entre lo «nuestro» y lo demás. Ejemplos de esta cuestión los encontraríamos en los pueblos gitanos que se asentaron en el sur de España desde el siglo XV, y bajo cuya etiqueta se aglutinaron seres de la más diversa procedencia y etnia; o, por qué no, en el pensamiento de aquellos rebeldes que se sublevaron en 1936 conducidos por idearios variados pero que, con el paso de los meses, hubieron de ceder en sus reivindicaciones y doctrinas para construir un bloque de apariencia coherente.

Ante la pregunta que cabría hacerse en este punto: ¿Debe entenderse que la discordancia de los movimientos antagónicos a lo largo de la historia rompe con la idea romántica de oposición fiel, coherente, noble incluso, que enarbolaron los desfavorecidos en nuestra ilusión, siendo por tanto estas unas iniciativas menos lícitas y loables a los ojos de la justicia?, nosotros respondemos que, por lo que se desprende del libro de Manuel Peña, no tiene por qué. De hecho, la sola idea de pretender «empaquetar» todos los movimientos sociales existentes, con sus diferentes matices y particularidades, sería absurda. Es preciso recordar que la transgresión no tomaba siempre la forma de un acto explosivo, reproducible una y otra vez, sino que se materializaba a través de un sinfín de actitudes discretas y comunes perpetradas por gente normal –no por criminales de renombre– en escenarios y contextos variables. La oposición al sistema, por tanto, era una cuestión cotidiana, no excepcional; de ahí que haya una gama tan variada de actitudes y que, por tanto, no nos sea posible tipificarlas en un esquema fijo.

Sabemos que, desde el control, el apóstata tenía una sola identidad, un solo credo, y un solo hábito (a menudo se hablaba del «vulgo ignorante», o de las gentes de «sayo burdo», de la turba gris). Pero es obvio que tal interpretación distaba mucho de ser correcta. Mirando de cerca las vidas de los criminales, salta a la vista a veces que sus actos se debieron solamente al infortunio, a la desesperación o a la mala educación, y no a una genética determinada. «Comportamientos calificados siempre como delictivos –apunta nuestro autor– deberían ser reconsiderados». No hay más que ver la vida de los pícaros, caracterizada a no poderse más por la irrespetuosidad hacia las instituciones y por la defensión de una filosofía de vida alejada de toda costumbre o moralidad; planteamientos censurables todos ellos (cómo no), pero que despertaban cierto atractivo entre los coetáneos más normalizados. Esa vida retratada a través de los relatos de picaresca, la de las Justinas, o la de los Guzmanes, Lazarillos y Buscones, era la vida de quienes no mostraban miedo a hacer las cosas a su modo, alimentándose cuando tenían hambre y echándose a andar por los caminos cuando querían cambiar de escenario, sin darle demasiada importancia a las cosas y estando dispuestos a reír o a llorar cuando procediese. Y todo ello, además, encuadrado en un mundo que contaba con ideas recias pero que era frágil a la hora de defenderlas, donde el apogeo cultural había de convivir con la crisis política y económica, y donde factores tan distantes como eran la lectura individual o los estragos de las epidemias de peste, eran razón para que el poder se realinease al compás de los movimientos «subterráneos» de aquellos que solo buscaban la libertad.

«Escondida en el seno de una modélica sociedad confesional, presuntamente monolítica y monocorde en su fe y en sus comportamientos, la realidad fue polifónica». No hay una idea que ronde a lo largo del libro de una forma tan directa como esta. Algo que se aplica, además, a una de las cuestiones que con más machaconería se ha repetido desde hace mucho tiempo, y que nos habla de una suerte de «genoma» andaluz, antiguo en la historia y robusto en sus ideas. Pues bien, también aquí tiene el profesor Peña mucho que recordar a sus lectores; datos históricos y reflexiones que, por lo menos, deberían hacer plantear cuestiones de peso a quienes todavía hoy tienden a dar por sentadas las sentidas cantinelas de siempre. Y es así que, por una parte, nos interesa a este respecto la información proporcionada sobre las centenarias relaciones entre Andalucía y Cataluña, que han dado lugar a múltiples formas de memoria y a nuevas realidades (nacidas de aquellas memorias) merecedoras de una explicación transversal e historicista: entre las páginas de este libro aprenderemos sobre la llegada de los catalanes a tierras andaluzas en el siglo XIII –dentro del proceso de expansión de la Corona de Aragón por el Mediterráneo y el norte de África–; de su nueva colonización en el XVIII –cuando zonas despobladas del sur quisieron ser reformadas–; y, desde luego, del correspondiente camino de vuelta, es decir, de los viajes que los andaluces emprendieron hacia Cataluña, sobre todo a mediados del siglo XX, dando lugar al vergonzante fenómeno del barraquismo barcelonés, que privaría a los andaluces del estatus de *colonos* convirtiéndolos en *invasores*.

La historia de los múltiples periplos del pueblo de Andalucía hacia Cataluña y hacia otras partes de Europa y del mundo es una cuestión llamativa sobre la cual el autor podría –seguro– seguir diciéndonos mucho más. Pero en este volumen, hallamos asimismo razones para creer que buena parte de lo que actualmente asociamos a la idea de «andaluz» fue diseñado, construido, de un modo comparable a lo que Edward Said aplicó al mundo islámico en su clásico *Orientalismo* (1978). Y es así que descubrimos que las primeras visiones «unitaristas» no datan en realidad de los tiempos de los Reyes Católicos, sino de los días del primer Romanticismo, cuando muchos viajeros extranjeros comenzaron a dotar a sus relatos y obras artísticas de elementos cargados de un folklore particular muy capaz de calar hondo en el sentir de los propios habitantes de Andalucía. De nuevo, pues, una imagen de conjunto, única y robusta, que es elaborada con la ayuda de muchas visiones diferentes, externas. Razón por la cual –piensa Manuel Peña, como ya lo hiciera el profesor

de instituto de la novela de José Saramago, *El hombre duplicado* (2002), que quería enseñar la historia desde el final hasta el principio, y no al revés— sería buena idea estudiar la identidad andaluza, no mediante la «comprobación de la unidad», sino del «análisis de la diversidad». Algo que cabría tener como revolucionario si en efecto llegase a aplicarse en los centros de enseñanza secundaria, y que requeriría de profesores de la talla de Arias Montano, capaces de balancearse entre la ortodoxia y la heterodoxia, o de Giner de los Ríos, que priorizó la formación humanística y la adquisición de una amplia cultura general durante la adolescencia. Empresa esta utópica en apariencia —y que es complicado imaginar para un futuro cercano y realista—, a pesar de que, por ahora, los jóvenes de hoy puedan ir probando a hacer su camino con libros como el de Manuel Peña.